PAVOR DE UN NIÑO

Año 1601, Vilueña (España)

En la villa de Vilueña, situada entre los ríos Jiloca y Mesa, no muy distante de Munébrega, murió el día 8 de noviembre de 1601 D. Pedro de Goñi, marido que fue de doña Juana de Heredia. El sepelio se anunció para el anochecer del mismo día.

Llegada la hora, subieron dos niños al campanario de la iglesia a tocar el entierro, y concluido aquel piadoso acto, se retiró el pueblo a sus casas. Después de los últimos toques acostumbrados, bajáronse los chicos de la torre, y estando todavía en la escalera, exclamó el uno para intimidar al otro: "¡Qué te coge el difunto! ¡Qué te coge!" A estas voces, lleno de pavor el niño, echó a correr, y al pasar por la iglesia dejó la vela encendida que llevaba en sus manos sobre la mesa del altar mayor, y no paró en su carrera hasta salir a la calle.

Cerradas poco después las puertas de la iglesia, la llama de la vela consumiéndola en breve, regó con sus despojos los manteles, que así se disponían para mejor cebo. Quemáronse éstos, y prendiendo el fuego

en el Sagrario y retablo, comenzó a abrasarlo todo, hasta llegar al hermoso artesonado que adornaba la techumbre de la iglesia.

Los habitantes de la villa, entregados al sueño, ignoraban por completo que la iglesia estuviese ardiendo. Sin embargo, como un vecino de Munébrega se levantara a media noche para el cuidado de sus caballerías y notase un gran resplandor en el cielo, quiso escudriñar de dónde procedía, y sorprendido vio que se originaba de las llamas de fuego que salían del templo parroquial. Al punto dio aviso a los dormidos vilueños de su desgracia, quienes descalzos y mal vestidos acudieron presurosos a apagar el fuego, que lograron atajar después de esfuerzos inauditos.

Su mayor cuidado fue luego saber si el Santísimo Sacramento se había reducido a pavesas, y por eso, llenos de fe y devoción, pasaron algunos por medio de aquella multitud de ascuas, entre los cuales fue uno el cura don Pedro Colás, quien viendo el Sagrario quemado, pero cerrado, lo abrió y con gran sorpresa advirtió había desaparecido el Señor, pues nada contenía dentro, ni aun la arquilla de plata que encerraba la sagrada Hostia.

Comenzaron entonces a separar ascuas de ascuas, apagando por completo aquel volcán, y después de algún rato, a una distancia de quince pies en línea recta del tabernáculo, se descubrió la sagrada Eucaristía puesta sobre un ladrillo, y cubierta con el mismo tafetancillo carmesí que tenía antes por velo. Alrededor de ella se formó durante el incendio una como capilla, una vara en alto, de las mismas ascuas, que parecían adornos de purpúreas rosas, y en el tafetancillo que cubría la arquilla habíanse cebado tres centellitas que resplandecían como tres menudas

estrellas, sirviendo así de ornato entre tantas flores de maravillas.

Alegres todos los del pueblo por haber hallado el Santísimo Sacramento, alabaron y bendijeron a Dios, dándole infinitas gracias por los prodigios que presenciaban. Abrió la arquilla el cura, y examinadas las sagradas Formas, se hallaron las seis pequeñas y una grande, tan blancas e intactas como cuando allí se depositaron.

Dio el cura aviso de todo lo acontecido al venerable Obispo de Tarazona, D. Diego de Yepes, quien ordenó se conservaran hasta que en la visita pastoral las examinasen. Llegó ésta, después de siete años que se conservaban incorruptas las sacrosantas Hostias, y a pesar de tan manifiesto prodigio, tuvo dicho venerable Prelado por bien el sumirlas en el santo sacrificio de la Misa.

Solamente se venera hoy día en Vilueña la arquilla de plata, dichosa concha de aquellas divinas Perlas, con cuya veneración se obtienen extraordinarios favores del cielo.

(P. Fr. Roque Faci, Aragón, reino de Cristo y dote da María Santísima.)

LLUVIA COPIOSA

Año 1603, Isla de Chío (Turquía)

En 1603, la isla de Chío estaba amenazada de una gran miseria, porque la falta de lluvias había esterilizado por completo los campos. En situación tan agustiosa, los turcos suplicaron a los cristianos hiciesen una procesión con el Santísimo Sacramento para obtener el favor del cielo.

El cortejo fue prontamente organizado, y los musulmanes quisieron que sus tropas hicieran escolta al Dios de la Eucaristía. Este acto público de fe y confianza en Dios no quedó sin recompensa, pues apenas la procesión empezó a desfilar por las calles, cuando densos nubarrones encapotaron el cielo, y a los pocos instantes, una copiosísima lluvia obligaba a que todos los concurrentes se refugiaran precipitadamente en la iglesia. La bienhechora lluvia duró tres días, devolviendo a la tierra su fertilidad con la esperanza de una abundadísima cosecha.

El milagro fue tan evidente, que un gran número de mahometanos se convirtió a la fe de Cristo, y el gobernador de la isla creyóse en la obligación de favorecer a los cristianos, otorgándoles extraordinarios privilegios y franquicias.

(P. Silv. Petrasancta, S. J. Thanmasia veroe religionis contra perfidiam sectarum, t. 3, pág. 74.)

FINEZAS DE LA VIRGEN

Año 1603, Florencia (Italia)

Prevenido Alejandro Bercio de la gracia divina en el mismo nacimiento, consagrólo su madre desde los pechos al servicio y amor de la serenísima Emperatriz de cielos y tierra; la cual estaba tan prendada de este ángel que, según fueron los singulares favores que con él usaba, no parece sino que le había robado el corazón.

Acaecía, pues, descansar tranquilamente en la cuna el tierno infante, y la Reina de los ángeles, de pie a la cabecera, velarle el sueño y como entretenerse esparciendo sobre su cabeza flores de maravillosa fragancia y hermosura, que regalaban a la vez al hijo y a su piadosa madre.

Las primeras palabras que balbuceó fueron los dulcísimos nombres de Jesús y de María. Apenas andaba por sus pies cuando se hurtaba a la vigilancia de la madre para ponerse de rodillas y hacer oración delante de una imagen de Jesucristo o de la Santísima Virgen.

Llegado Alejandro a la edad de siete años ingresó en el colegio de la Compañía de Jesús, en Florencia.

Aquí, por su acendrada piedad, excelente conducta y constante aplicación al estudio, mereció ser contado en el número de los congregantes, y con su entrada en la Congregación, acrecentó más y más su devoción a la Virgen, y ésta a su vez las pruebas de ternura y afecto para con él. Poníasele a su lado, junto al pupitre, y cuando estudiaba le sostenía el libro con las manos, volviéndole las hojas cuando era menester.

A los ocho años de edad y cursando en la clase de ínfima, formó parte del número de los que se preparaban para la primera Comunión. No es decible el recogimiento y fervor con que oía las instrucciones, y el vivo deseo en que se abrasaba su corazón de recibir a Jesús Sacramentado, que había de tomar por vez primera posesión de un alma tan angelical.

Llegóse por fin al suspirado día, el más feliz de la vida, y para mayor dicha de Alejandro y solemnidad de la fiesta, acompañóle en forma visible, que algunos merecieron ver, la soberana Reina del cielo con sus ángeles, dos de los cuales sostenían la sabanilla, al tiempo que el fervoroso niño, hecho otro ángel y arrodillado en el comulgatorio, recibía el Pan de vida y Tesoro de los cielos.

Este prodigio, según se refiere en los Anales de la Compañía de Jesús, le aconteció otras veces, con los cuales premiaba la Inmaculada Virgen la devoción que le tenía el joven colegial Alejandro Bercio.

(Anales, S. J. —P. Antonio Vasconcellos, Angel de la Guarda, 2.ª parte, lib. V, cap. 10 —Gaspar Lechnero Parhenio, lib. I, capítulo 10 —P. Juan Eusebio Nieremberg, S. J.)

SACRILEGO ATREVIMIENTO

Año 1605, Dulae (Filipinas)

Las Cartas anuas de la Compañía de Jesús, refieren un hecho portentoso acaecido en Dulac, pueblo de la isla de Leyte.

Un joven que había tenido la desgracia de ofender gravemente a Dios, quiso acercarse a la sagrada Mesa sin confesar antes su pecado. El castigo de tan sacrílego atrevimiento no se hizo esperar. Al punto sintió intensísimos dolores en todos sus miembros, que no le dejaban momento de reposo. Como reconociese la causa de tan grandes padecimientos, procuró arrojar la santa Hostia, con lo cual quedó aliviado.

Continuó luego en su mala vida, y acercóse otra vez a comulgar, manchada su conciencia con nuevos pecados. Un fuego ardoroso le secó entonces la garganta y le abrasaba todo el cuerpo: y aun cuando le era patente la causa de este nuevo castigo, no quiso el infeliz descubrirla, antes otra vez repitió la Comunión en desgracia de Dios.

En justo enojo, permitió el señor que un enjambre de moscardones se le entrase por la boca y le atormentase espantosamente.

El desdichado joven reconoció entonces la enormidad de su crimen; y sinceramente arrepentido obtuvo de la infinita misericordia de Dios su gracia, viéndose al propio tiempo libre de tan terribles padecimientos, preludio de los eternos que le esperaban en el infierno si de veras no se hubiese convertido.

(Cartas anuas de la Compañía de Jesús. Año 1605, pág. 496.)

EL VIRIL DE FAVERNEY

Año 1608, Faverney (Francia)

El día 26 de mayo de 1608, en la iglesia de Nuestra Señora de Faverney, en el Franco Condado, había mucha afluencia de fieles, con motivo de una indulgencia plenaria concedida para la festividad de Pentecostés.

Para tan grande solemnidad se erigió en la misma entrada del coro un altar de madera, ricamente adornado con cirios, flores y colgaduras, y allí se tenía expuesto en un precioso viril el Santísimo Sacramento. Un cirio colocado demasiado cerca de la cortina, le pegó fuego, y en un instante fue devorado por las llamas el altar con todo su ornato.

Mas en breve los gritos del consternado público se trocaron en transportes de admiración y en exclamaciones de alegría cuando se vio el viril que contenía la sagrada Hostia, no solamente respetado por el fuego, sino además suspendido en el aire sin apoyo alguno, en el mismo sitio donde había sido expuesto. Las llamas se habían dirigido con gran ímpetu hacia él, pero se detuvieron a su alrededor, sujetas por una

fuerza misteriosa, y formaban una corona concéntrica a la de los rayos de la custodia que encerraba dos Formas consagradas.

De todas partes afluía la multitud, ansiosa de contemplar aquel estupendo prodigio, que duró treinta y tres horas consecutivas.

Más de diez mil personas fueron testigos oculares del milagro. Todas las parroquias del contorno acudieron allá en procesión. El martes de Pentecostés por la mañana, celebrándose el Santo Sacrificio en el altar mayor, en el momento solemne de la elevación, el viril descendió lentamente de lo alto por su propia virtud.

Este nuevo prodigio hizo prorrumpir en ruidosas aclamaciones a la muchedumbre, y muchos de los herejes se convirtieron a la fe del Sacramento en vista de un tan patente milagro.

El arzobispo de Besanzón, Mons. Fernando de Rye, después de practicadas las más minuciosas informaciones jurídicas, mandó consignar en acta pública la verdad del hecho y lo declaró milagroso, y el Papa Paulo V publicó una Bula en la que se expresaban todas las principales circunstancias del prodigio.

Poco tiempo después pasó a Faverney San Francisco de Sales, y oró con gran devoción en aquella Iglesia donde el Hijo de Dios, nuestro Salvador, acababa de obrar un prodigio en que resaltaba de una manera tan admirable, la realidad de su presencia en el Santísimo Sacramento.

Se hizo donación de una de las sacrosantas Hostias milagrosas a la ciudad de Dole, la cual acordó al punto enviar a Faverney para dignamente recibirla, una comisión compuesta de los más distinguidos magistrados y de trescientos de los principales ciudadanos.

Fue llevada la santa Forma a Dole, en una litera forrada con damasco de seda y sostenida por dos blancos caballos. A los lados iban cuatro caballeros vestidos con traje de raso encarnado, llevando antorchas encendidas y entonando himnos, que repetían los de la piadosa comitiva.

La recepción efectuada en la ciudad de Dole, el día 21 de diciembre, por lo extraordinaria, formó época en los anales de su historia, y determinóse que todos los años en tal día se hiciera una solemnísima procesión para que fuese llevada en triunfo la Hostia milagrosa.

(P. Cornelio a Lápide, S. J., Tesoros, t. 2°, pág 145. —Vida de S. Francisco de Sales.)

DOS BUEYES UNCIDOS

Año 1620, San Pelayo de Albán (España)

Un ladrón aficionado a la plata de las iglesias, entró en el año 1620 en la de San Pelayo de Albán, obispado de Lugo, y robó un cáliz y la custodia con el Santísimo Sacramento.

No lejos de la misma iglesia sacó la sagrada Forma y la puso en tierra en el lugar que le pareció más decente, y la cubrió luego con un tafetán carmesí.

Después de ocho días en que se practicaron muchas, pero infructuosas diligencias, se manifestó este soberano Señor Sacramentado por medio de un singular prodigio. Un muchacho con dos bueyes uncidos caminaba por los alrededores de Carballeira, cuando de repente se le pararon sin querer dar un paso más adelante. Como ignorase el boyero la causa, con la puya los picaba para obligarlos a caminar, pero no le fue posible lograr lo que pretendía.

Reconociendo entonces los alrededores, reparó el muchacho en el tafetán carmesí, y apartándolo descubrió el Santísimo Sacramento. Corrió al punto a dar noticia del feliz hallazgo al señor Cura y vecinos, quienes fueron presurosos a reverenciarlo con devoto rendimiento, devolviéndolo con toda solemnidad a su propia iglesia.

Los bueyes permanecieron inmóviles hasta que se hubo devuelto el augusto Sacramento a la iglesia, y para memoria de tan extraño suceso se puso en el lugar del hallazgo una magnífica cruz.

(Pallarés, Fundación y grandezas de Lugo.)

HORMIGAS OBSEQUIOSAS

Año 1624, Colibre (España)

Al Sudoeste de Perpignán se halla la hermosa población marítima de Colibre o Collioure, célebre en los anales históricos por el suceso ocurrido en 1624, y fue como sigue:

Una mora que se hacía pasar por cristiana, y un moro, abrieron de noche la iglesia con el diabólico intento de hurtar la custodia que contenía el divino Sacramento, y realizado tan nefando crimen colocaron la sacrosanta Forma en el hueco de un árbol.

En cuanto se tuvo noticia del robo sacrílego, fue grande la consternación que reinó entre los piadosos moradores de Colibre; pero hechas las convenientes pesquisas, se vino en conocimiento de los ladrones, quienes fueron presos, encerrados en dura prisión y obligados a declarar dónde habían puesto el Santísimo Sacramento.

Organizóse luego una muy devota procesión que partió en busca del preciosísimo Tesoro. Y al reconocer el árbol se vio, con general asombro de los concurrentes, a una gran multitud de hormigas que llevando pajas, granos, pedacitos de tierra y aristas, habían formado, en obsequio de su Criador, un cerco en forma de custodia que guardaba al divino Sacramento, el cual se devolvió a su respectiva iglesia entre nubes de incienso y cánticos de alabanza.

(Don Narciso Feliu de la Peña, Anales de Cataluña, tomo 3°, libro 19, capítulo XIV.)

FAVOR PROVIDENCIAL

Año 1630, Lyon (Francia)

Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, ilustre por muchos conceptos, lo es muy singularmente por su fe, su celo y reverente amor a Jesús Sacramentado.

Sus progresos en la vida espiritual bajo la sabia dirección de San Francisco de Sales, fueron al calor de la Eucaristía. Llevaba colgado al cuello un papel en el que estaba escrita una acción de gracias al Señor, porque se había dignado admitirla todos los días a la santa Mesa. Durante treinta y un años tuvo la felicidad de comulgar cada día, y siempre le pareció nueva esta santa acción, sin habituarse jamás a dicha tan inefable.

Tenía mucho cuidado en que se tuvieran hermosas flores en el jardín, con objeto de colocarlas delante del Santísimo Sacramento, y todo lo que servía para el altar santo le inspiraba un respeto profundo.

Su trabajo más continuo era preparar los paños del cáliz, sabanillas, frontales, y sobre todo ornamentos para el santo sacrificio de la Misa, proveyendo de ellos a las iglesias pobres.

veneraba a los sacerdotes, por cuyas manos se ofrece todos los días la Víctima sin mancha, y se encomendaba a sus oraciones y santos Sacrificios.

No faltó un providencial favor con que el Señor recompensó tan acendrada devoción al Santísimo Sacramento. En la fundación del monasterio de Lyon, estando un día en recreo con las Hermanas, las cuales deseaban vivamente obtener una preciosa Custodia para su buen Jesús Sacramentado, la Madre Chantal dijo, sonriéndose, que si fuera rica compraría una de valor. No bien hubo dicho estas palabras cuando llamaron a la portería, y un hombre, que no quiso decir quién era, les hizo entrega de una preciosísima Custodia que mejor no la desearan.

Sus afectos para con la sagrada Eucaristía no podían menos de llevarla a la más eminente santidad, siendo modelo acabado en los cuatro estados de la mujer cristiana: excelente hija, tierna esposa y madre cariñosa, virtuosísima viuda y ejemplar Religiosa: fundadora, con San Francisco de Sales, de la santísima Orden de la Visitación.

(E. M. Bougaud, Vida de Santa Juana Francisca Fremiot, t. 1°.)

PRESO LIBERTADO

Año 1640, Tortosa (España)

Entre los varios sucesos que ocurrieron en Tortosa en las sediciones del año 1640, hubo uno que causó honda impresión en el ánimo de todos. Su recuerdo duró muchos años y lo citaban aún las personas más indiferentes en materias de Religión como una manifestación del poder de Dios y un aviso del cielo.

Fue el caso que un joven tuvo cierta pendencia con uno de los sublevados, y para aplacar a éstos que se habían enfurecido notablemente contra él se le redujo a prisión; pero no quedando todavía satisfechos, intentaron cometer el más vil asesinato que pueda imaginarse, cual es matar a un hombre preso e indefenso. Para ello, se reunieron los sediciosos e intentaron forzar la cárcel, que entonces se hallaba en la calle que aún conserva su nombre.

Toda la ciudad se consternó al saber el infame atentado que se preparaba; muchos lloraban pensando en el trágico fin que iba a tener el infeliz preso; por otra parte, la Autoridad no tenía medios para

evitarlo, pues los sediciosos dominaban por completo en Tortosa, y cualquiera resistencia habría bastado para aumentar sus actos de venganza. Vista la impotencia de los recursos humanos, acudióse al de sacar en público el Santísimo Sacramento del Altar.

Tan pronto como la procesión salió de la Catedral, el cielo comenzó a obscurecerse, formándose una tempestad que parecía precursora de un grave acontecimiento. Los truenos y el vivo resplandor de los relámpagos daban a aquel acto religioso un aspecto imponente que no es posible describir; y mientras los amotinados insistían en forzar la puerta de la cárcel, y la gente con sus clamores y súplicas quería impedir aquel feroz homicidio, se oyó una terrible detonación acompañada de una brillante luz que aturdió a todos. Un rayo del cielo caía en medio de aquella turba de malvados, quedando poseídos del mayor espanto.

Pero lo prodigioso fue, que al oírse el trueno, vieron que una luz resplandeciente circuía la sagrada Custodia, formando una hermosa aureola que rodeó por unos instantes el santísimo Cuerpo del Señor.

Estaba allí al lado del Cabildo y Clero, el Padre Jacinto Piquer, jesuita catalán, que gozaba de gran prestigio en Tortosa, y aprovechando la oportunidad, tomó la palabra, y en un sermón improvisado, pero lleno de fervor, manifestó el gran poder de Dios, que para confundir la soberbia del hombre, dispone de los elementos según su voluntad, como todos acababan de presenciarlo.

El efecto de su discurso fue tal, que los amotinados se disolvieron en seguida como por encanto, salvándose la vida del joven preso.

(Don Ramón O'Callaghan, Pbro., Una visita a la Catedral de Tortosa, pág. 117. —D. Vicente de Miravall, Pbro. Tortosa, ciudad Fidelísima y Ejemplar.)

CURACION INSTANTANEA

Año 1641, París (Francia)

En 1641, un joven cayó enfermo en la parroquia de San Severino de París. Ni médicos ni medicinas dieron resultado alguno satisfactorio.

No quedaba ya otro recurso más que acudir al que, según San Agustín, bajó a la tierra para curar todas las enfermedades, así corporales como espirituales. En tan divino Médico puso toda su confianza el jovencito, una vez hubo probado lo inútil de los remedios humanos.

Al recibir a Jesús Sacramentado aquel joven desahuciado hacía ya tres días por los médicos, recobró tan perfecta e instantánea salud, que pudo con su presencia ser el consuelo y esperanza de los más enfermos de la parroquia.

Este tan notable hecho, ocurrido en 1641, año en que nació el Jansenismo, sirvió de una manera admirable para atajar los progresos de una secta que procuraba retraer a los fieles de la frecuente Comunión, manantial perenne de todos los bienes, para el alma que dignadamente la recibe.

(Menologio Eucarístico, tomo 2°, pág. 760.

REGRESO TRIUNFAL

Año 1642, Alberite (España)

En Alberite, sitio apacible por las benignas influencias del Moncayo, en el reino de Aragón, diócesis de Zaragoza, el día 17 de febrero de 1642, tres ladrones robaron los vasos sagrados de la iglesia, llevándose en uno de ellos seis Formas consagradas.

Comenzó Dios a castigar a tan infames profanadores; pues el que robó el Santísimo Sacramento fue luego, por ligeras disensiones, muerto a puñaladas que le infirieron sus dos compañeros. El que le sucedió en la posesión del copón pasmóse repentinamente, quedando inmóvil, y conociendo que el divino Pan era la causa de ello, ofreció entregarlo al primer sacerdote que encontrase, y al punto cesó su impedimento.

El sacerdote que lo recibió, alegre por haber hallado tan preciado tesoro, fue luego a Tarazona y lo depositó en el Colegio de la Compañía de Jesús: mas

pareciéndole al Vicario General que era conveniente colocarlo en la santa Iglesia Catedral, se hizo el traslado con extraordinaria solemnidad y numeroso cortejo. En los días siguientes estuvo patente al pueblo, festejándose el Santísimo Sacramento con mil variados regocijos que fuertes aguaceros interrumpían, dilatándose por este motivo la entrega a su propia iglesia hasta el segundo domingo de Cuaresma.

El sábado, 15 de marzo, llegaron a Tarazona veinticuatro síndicos y cuatro sacerdotes a fin de llevarse al Señor Sacramentado a su iglesia, y el domingo, 16, entre cinco y seis horas de la tarde, habiendo antes precedido la convocatoria del pueblo al son de las campanas, se organizó la más espléndida procesión que jamás se vio, y al llegar ésta al Convento de Santa Ana, de Carmelitas descalzas, dio el señor Deán la bendición al pueblo que se despedía del Santísimo Sacramento.

Entró después en una magnífica carroza alumbrando al Señor más de trescientas hachas, y empezó la marcha con numerosísimo acompañamiento de clero, nobleza, pueblo, música y estandartes. Al atravesar la Ciesma salió el pueblo de Vera en masa a su encuentro, aumentando el cortejo y los mil variados obsequios con que se honraba al que tiene sus delicias en habitar entre los hijos de los hombres. Atravesaron la Huecha en dirección a Ambel, pasando por Bureta, Ainzón, Magallón, y todos los moradores de estos pueblos juntamente con los que se agregaron de Bulbuente, Tabuenca, Tauste, Pozuelo, Gallur y Mallén engrosaron el cortejo de un modo prodigioso.

Llegada, por fin, tan numerosa comitiva al lugar de Alberite, dióse principio en la plaza a la Misa solemne, concluida la cual, el señor Deán mostró al pueblo

lás sacrosantas Formas, prorrumpiendo entonces la multitud en nuevas aclamaciones, himnos y fervorosos cánticos, que con los mil acordes músicos que llenaban los aires, resultó un conjunto tan tierno y conmovedor, que no hay pluma humana lo pueda exactamente describir.

Reserváronse las sagradas Hostias en la iglesia parroquial, y rebosando de gozo y alegría, desfilaron las muchedumbres hacia sus pueblos respectivos.

(Francisco Manrique, Relación del hurto y restitución del Santísimo Sacramento del lugar de Alberite. —Padre Fr. Roque Faei.)

SIGLOS XVIII-XIX-XX

EN LA CIUDAD CONDAL

Año 1651, Barcelona (España)

Corría el año 1651; cuando se declaró en Barcelona la peste bubónica, que en breve tiempo llenó los hospitales de enfermos y los cementerios de muertos.

Recrudeció tanto el mal, que en febrero fue preciso tomar el grandioso convento de Jesús, sito en el solar que hoy ocupa la Enseñanza, porque iba creciendo por instantes el número de enfermos. Más tarde era ya poco menos que imposible la asistencia de los apestados, y muchos en el frenesí de la agonía morían en el más completo desamparo.

En tan lastimosa situación, hiciéronse devotas rogativas y procesiones de penitencia en que multitud de inocentes niños, vestidos de blanco clamaban al cielo: "¡Piedad!... ¡Misericordia!"... Era conmovedor el espectáculo y grande la compunción de todos manifestada en la abundancia de lágrimas que derramaban.

Se satisfizo el Cielo de tanto fervor religioso; pero dilató el remedio para el mes de agosto, que era

precisamente el más temido por los excesivos calores propios de la temporada.

En el mes de mayo no quedaban sacerdotes para la administración de los Santos Sacramentos, y a fin de remediar tanta necesidad, se repartieron los Religiosos de diferentes Ordenes por las parroquias.

Fallecieron muchísimos en este santo ejercicio, pero jamás faltaba quien con celo y caridad se dedicase y expusiese a este voluntario martirio por el bien de las pobrecitas almas redimidas con la sangre preciosísimas de Nuestro Señor Jesucristo.

La parroquia de Santa María del Mar se confió a los Padres Carmelitas Descalzos, y después de haber sacrificado sus vidas cuatro de ellos, ocupó el quinto lugar el P. Fr. Antonio de San Mateo. Tres veces fue herido del contagio, y en las tres le preservó el Altísimo maravillosamente la vida.

Iba el celoso Carmelita con un santo Crucifijo colgado en el cuello, los hábitos cortos y una campanilla en la mano.

El primer día que salió de la iglesia llevando consigo el Santísimo Sacramento para empezar su sagrado misterio, halló a la puerta dos gallardos jóvenes en traje de caballeros con hachas en las manos, los cuales le acompañaron con gran compostura por las calles y casas en que entró, sin dejarle un punto hasta que vueltos a la iglesia y puestos de rodillas en la capilla del Santísimo Sacramento, se hubo reservado el Señor en el Sagrario.

Entonces le dijeron: "Váyase, Padre, a descansar, que bien lo ha menester", y al instante desaparecieron.

Cosa fue, ésta, maravillosa; pero aún lo fue más el haber continuado este obsequio todos los días, siempre que salía llevando el santo Viático consigo

durante los siete meses que ejercitó tan santo ministerio.

Ni antes, ni después, parecieron dichos caballeros ni fueron conocidos de nadie de Barcelona ni de fuera de ella, lo que dio lugar a creer que no eran cortesanos de la tierra, sino ángeles del cielo, encargados de honrar a Jesús Sacramentado en su visita a los enfermos apestados.

(P. Fr. Juan de San José. Anales de la Provincia de Carmelitas descalzos de Cataluña, M. S., lib. 6, cap. 43.—Pedro Serra y Postius, Epítome histórico del portetoso Santuario y real Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, parte 3.ª, pág. 379.)

AMOR FILIAL

Año 1657, Montserrat (España)

Notable fue el siguiente suceso ocurrido en el celebérrimo Monasterio Benedictino de Nuestra Señora de Montserrat, en Cataluña.

Corría el año de 1657 de la Era cristiana, cuando estaba cierto día conferenciando en la celda el Rdmo. P. D. Bernardo de Ontiveros, General de la Orden Benedictina en España, con el Rdo. P. Abad D. Millán de Miranda, y acercósele a éste un monje para decirle que una niña de cinco años, acompañada de su madre, acababa de llegar al Monasterio, suplicando muy encarecidamente se cantasen tres Misas privilegiadas en sufragio del alma de su padre difunto, íntimamente persuadida que con ellas obtendría del cielo la gracia de verle libre de las penas del Purgatorio

En efecto: al día siguiente, comenzada la primera Misa, dijo la piadosa niña con sencillez no fingida, que en las gradas del altar mayor, al lado de la epístola, veía a su padre cercado de pavorosas llamas.

Oyóla el reverendísimo Padre General que se hallaba presente, y le mandó aplicase a ellas un pañuelo para cerciorarse de si era verdad o pura ilusión lo que refería. Obediente la niña, fue con el lienzo a ponerlo en aquel misterioso fuego en que estaba su padre, y después de un momento de espectación lo vieron arder en vivísima llama todos los monjes y gente del pueblo.

No paró aquí tan estupendo milagro. En la segunda Misa declaró más; a saber: que después de la consagración estaba ya su padre al lado del diácono con una hermosa vestidura de color; y en la tercera, al llegar el sacerdote al "Memento", gritó, alborozada: "Ya, ya se ha pasado mi padre al lado del Evangelio y está junto al celebrante muy alegre y contento, y el ropaje que ahora lleva es blanco como la nieve.

Consumida la Hostia y el "Sanguis", exclamó, por fin, la niña: "¡Ay, que se va mi padre! ¡Ay, que se sube arriba!", y al punto cayó desmayada. Volvió luego en sí y dio gracias a la Comunidad de parte de su padre, que así se lo había mandado.

Se hallaron presentes al hecho que se acaba de referir, además del reverendísimo Padre General de la Orden Benedictina en España, el ilustrísimo señor Obispo de Astorga, otras personas ilustres y gente del pueblo.

(R. P. Francisco de Paula Crusellas, de la Orden de San Benito, Nueva historia del Santuario y Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, libro, 2°, capítulo 5°, página 79.—Abaciologio, página 421.)

LA PRESENCIA REAL

Año 1608, Les Ulmes (Francia)

La parroquia des Ulmes Saint-Florent, distante pocas leguas de Saumur, fue ilustrada en el siglo XVII con un prodigio eucarístico.

El sábado, 2 de junio de 1688, al reservar el Santísimo, se apareció Jesucristo en la Hostia sacrosanta por espacio de un cuarto de hora, y en presencia de más de cien personas.

Formóse como una nubecilla sobre el viril de la Custodia, y vióse la figura del Salvador, de medio cuerpo y gran relieve, como que saliese del cristal, cubriendo casi toda la sagrada Hostia, y tenía las manos cruzadas, una sobre otra, la derecha sobre la izquierda. Vestía una túnica blanca. Los cabellos eran de color castaño claro, partidos sobre la frente, y caían por encima de los hombros. Se apareció el Salvador como joven de unos venticinco años, de hermosos y brillantes ojos, con la cabeza un poco inclinada sobre el hombro derecho y la barba graciosamente partida.

El milagro se obró cuando se cantaban estas palabras: *Verbum caro panem...* que se hallan al final del *Pange lingua...*

Fue el oficiante quien se apercibió primero de ello, y dudando si sus ojos le engañaban, preguntó al vicario si advertía algo en la Hostia. Respondióle que allí veía la figura de un joven, y en el mismo instante se levantó y tomando el viril lo bajó y colocó sobre el altar, donde todos los asistentes pudieron contemplar la imagen.

El sacerdote, volviéndose hacia el pueblo, dijo en alta voz: "Si hay entre vosotros algún incrédulo que dude de la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento, que se acerque; he aquí a Nuestro Señor que se manifiesta visiblemente".

A estas palabras, gran número de personas se aproximaron, y vieron con mucha claridad la figura del Salvador, Un prodigio tan extraordinario conmovió a todos los circunstantes; los sacerdotes y fieles derramaban copiosas lágrimas de ternura.

La noticia de tan milagrosa aparición cundió por todas partes. Henri Arnauld, que ocupaba en aquel entonces la Sede de Angers, tuvo noticia del suceso por las relaciones de los fieles que lo habían presenciado, y por una carta del vicario "des Ulmes". Después de haber oído durante quince días referencias unánimes y acordes del prodigio, se dignó visitar la parroquia en donde se había obrado. M. Le Royer, doctor en teología, su secretario y más tarde cura de Fenell, le acompañó en esta visita, que se hizo el día 17 de junio de 1668.

Cinco días después, el Ilustrísimo señor Obispo mandó imprimir una Carta Pastoral, cuyo contenido se halla en la *Disertación Apologética,* de Grandet.

El Prelado ordenó que la Hostia milagrosa fuese

guardada en la iglesia "des Ulmes", en una urna, y que todos los años el sábado infra-octava del *Corpus*, se celebrara solemnemente en la referida iglesia el aniversario de dicha aparición.

La santa Hostia desapareció a consecuencia del furor revolucionario, pero la iglesia "des Ulmes" guarda todavía el recuerdo del milagro de 1668, pues en el muro del coro, a un metro 66 centímetros de altura, se ve el nicho que guardaba la urna con la sagrada Forma, y encima del nicho se lee aún la inscripción sobre mármol negro que relata el extracto del mandato de Henri Arnauld.

(El Pilar, Zaragoza, 13 junio 1903.—Abate Fabre, Le ciel ouvert.)

EL SAGRADO CORAZON

Año 1675, Paray-leMonial (Francia)

El instrumento de que se valió Jesucristo nuestro divino Salvador para manifestar al mundo los tesoros inagotables de misericordia infinita que encierra su deífico Corazón, símbolo amoroso que despertando en el alma cristiana afectos de amor y expiación, la santifican y llevan al más alto grado de perfección, fue Santa Margarita María de Alacoque, de la Orden de la Visitación.

Vivía esta santa Religiosa en Paray-le-Monnial, y muchas veces fue favorecida del Señor con apariciones y revelaciones: una de ellas, acaso la más importante para el culto del Sagrado Corazón de Jesús, la refiere ella misma, con las siguientes palabras:

"Estando delante del Santísimo Sacramento, un día de su octava,. recibí de Dios excesivas gracias de su amor, y sintiéndome movida del deseo de corresponder en algo y de volver amor con amor, me dijo así: "No puedes hacerme servicio mas grande, que el que

tantas veces te he pedido". Y descubriéndome su divino Corazón, exclamó: "He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada ha omitido hasta extenuarse y consumirse para darles testimonio de su amor, y en vez de reconocimiento no recibo de la mayor parte de ellos más que ingratitud, ya por sus irreverencias y sus sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio que me tratan en este Sacramento de amor.

"Pero lo que más me aflige, es ver que así también me traten corazones que me están consagrados.

"Por esto te pido que el primer viernes después de la octava del Santísimo Sacramento, se celebre una fiesta particular para honrar mi Corazón, comulgando aquel día y reparando el honor ultrajado por medio de una satisfacción pública, a fin de expiar las injurias recibidas durante el tiempo que ha estado expuesto en los altares.

"Te prometo, también, que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las gracias de su divino amor sobre los que le tributen este homenaje, y a los que procuren le sea tributado".

Mas como alegase la humilde Religiosa que no sabía cómo poder cumplir cuánto de ella se deseaba, remitióla el Señor al B. P. Claudio de la Colombiére, de la Compañía de Jesús, por medio del cual se extendió maravillosamente la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, acrecentándose mucho más al hacerse públicas las consoladoras promesas hechas por el mismo deífico Corazón a sus fieles devotos, cuando dijo:

"Les daré gracias abundantes para cumplir con los deberes de su estado.—Introduciré la paz en el seno de sus familias.—Les consolaré en todas sus penas.—Seré su seguro asilo en toda su vida y en la hora de su muerte.—Derramaré copiosas bendi-

ciones en todas sus empresas.—Los pecadores hallarán en mi Corazón el manantial y el océano infinito de la misericordia.—Enfervorizaré a las almas tibias.—Las almas fervorosas se elevarán presto a la más encumbrada perfección.—Bendiceré las casas en que la imagen de mi Corazón sea honrada.—Daré a los sacerdotes el talento de ablandar los corazones más endurecidos.—Grabaré indeleblemente en mi Corazón los nombres de los que propaguen esta devoción.—Prometo en el exceso de la misericordia de mi Corazón, que su amor todopoderoso concederá a todos los que comulgaren nueve primeros viernes de mes seguidos, la gracia final de la penitencia; estos tales no morirán en desgracia mía ni sin recibir los Santos Sacramentos, pues mi divino Corazón se tornará en la última hora su seguro asilo."

(Autobiografía de Santa Margarita María de Alacoque.)

PAN DE VIDA

Año 1690, Barcelona (España)

La Historia Eclesiástica refiere de muchos Santos, entre otros el Beato Nicolás, Flüe, Juan Matler de Norfolk, Amico Picard, San Pablo de León, Santa Catalina de Sena y Santa Rosa de Lima, que les bastaba la sola recepción de la Sagrada Eucarística para conservar las fuerzas corporales que habían menestar para las obras del servicio divino.

Más aun cuando tan grandes Santos fueron muy señalados en la abstinencia del manjar corporal, lo fue de un modo especial el gran taumaturgo San José Oriol, natural de Barcelona y Beneficiado de Nuestra Señora del Pino, varón verdaderamente extraordinario por las heroicas virtudes que resplandecieron en todo el decurso de su vida sacerdotal, nacidas y desarrolladas al calor de la sagrada Eucaristía, de la que era singular devoto.

Notoria cosa fue que pasó San José Oriol la mayor parte de su vida alimentándose solamente con pan y agua. Esta rara austeridad tuvo origen de lo que pasó un día en que comiendo en casa del Marqués de

Argensola, así que alargó el brazo para tomar de la fuente que estaba en medio de la mesa, al punto una mano invisible le tiró del codo hacia atrás. Volvió el rostro y no vio a nadie. Intenta de nuevo tomar de la fuente, y segunda vez la mano invisible le retira el codo hacia atrás. Sucede tercera vez el prodigioso hecho, y en seguida conociendo el Santo ser un particular aviso del cielo, se recoge a la oración, y en ella tuvo un dulce éxtasis, en el cual se le dio a entender que, desde aquel día, su único alimento había de consistir en pan y agua.

Tan admirable abstinencia guardó por espacio de veintiséis años, y en algunos de ellos estuvo sin comer cuarenta días seguidos, menos los domingos, sustentándose únicamente con el divino Pan del santo sacrificio de la Misa, que le amortiguaba la sensación del hambre por el alimento corporal, y le dejaba fortalecido para toda suerte de trabajos apostólicos que emprendiese a gloria divina.

(P. Fr. Jame Serra, Prodigios y finezas de los santos Angeles en Cataluña, "Revista Popular". Año 909, núm. 2.006.)

CERCO DE SANGRE DIVINA

Año ¿ ?, Roma (Italia)

La antigua Roma, capital del orbe católico, encierra en su seno innumerables monumentos celebérrimos en todo el mundo, ya por su gran belleza artística, ya por sus devotísimos recuerdos, que avivan la fe cristiana y enardecen el alma en el amor divino.

Entre las mil variadas iglesias, hay una dedicada a Santa Potenciana, fundada en donde estuvieron los baños Novacianos, la que consagró el Papa San Pío I, y reedificó el Papa San Simplicio. Tiene esta iglesia una capilla del Buen Pastor, donde celebraba el santo sacrificio de la Misa un sacerdote muy tentado sobre si estaba el verdadero Cuerpo de Jesucristo Nuestro Señor en la Hostia consagrada.

Absorto en esta duda, huyó de sus manos la Hostia sacrosanta, y cayó en tierra sobre una piedra de mármol, en la que dejó un cerco de sangre divina que se conserva hasta hoy día.

El mármol está resguardado por una pequeña verja de hierro.

(P. Fr. Jaime Bleda, Cofradía de la Minerva.)

FLUJO DE SANGRE

Año 1725, París (Francia)

Corría el año 1725, y la joven Ana de la Fosse hacía ya veinte años que en París sufría un pertinaz y casi continuo flujo de sangre, a consecuencia del cual había llegado a un extremo tal de debilidad y falta de fuerzas, que ni con muletas podía dar un paso. Sus ojos no podían soportar la luz y todo su cuerpo estaba tan dolorido, que el menor movimiento le causaba indecibles dolores y desmayos. Un vivo dolor de costado le impedía estar en el lecho, siendo preciso llevarla en brazos para que pudiera ir de un lugar a otro.

En este estado se hallaba la enferma, según el testimonio jurado de diversos testigos dignos de fe, cuando se acercaba la festividad del *Corpus Christi*. En este tiempo excitó Dios en el corazón de la enferma un gran deseo de pedir su curación a Jesucristo en el Santísimo Sacramento, cuando por su casa pasase la procesión.

Animada de viva fe y gran confianza, se hizo llevar junto a la puerta de la calle y allí esperó orando con

fervor, el momento que pasase el divino Redentor, y cuando le dijeron: «He aquí el Santísimo Sacramento», quiso ponerse de rodillas, pero faltándole las fuerzas, pidió la mantuviesen en esa postura, no cesando de clamar en alta voz: «Señor, si queréis, podéis curarme».

Entre la muchedumbre que acompañaba al Santísimo, unos se mostraban maravillados, otros, en cambio, se enojaron del singular proceder de esta mujer, y aun hubo quienes la tuvieron por loca. Acercábanse, pues, las gentes diciéndola se retirase, pero ella permanecía firme, moviéndose como podía hacia adelante, diciendo: «Dejadme seguir a mi Dios...». ¡Fe tan grande no podía quedar sin recompensa!.

De repente se sintió fortalecida, y con ayuda de dos personas que la acompañaban, se puso en pie. Pero como apenas levantada corriese peligro de caer en tierra, exclamó entonces con más fuerza de voz que antes: «Señor, dejadme entrar en vuestro templo y quedaré sana». Luego dijo a las compañeras que la dejasen ir sola, y, en efecto, se puso por sí misma a andar, con gran admiración de todos, hasta llegar a la parroquia de Santa Margarita a donde llevaban el Santísimo Sacramento. La hemorragia no había cesado del todo, pero en el momento mismo que puso el pie en el templo del Señor, cesó por completo.

La enferma, perfectamente curada, permaneció hora y media delante del altar, ya de pie, ya sentada, ya de rodillas, y después de haber dado gracias a su divino Bienhechor, volvió a su casa sin auxilio de nadie y acompañada de mucha gente que la quería ver, para persuadirse de tan milagrosa curación.

Un sinnúmero de protestantes creyeron en el Santísimo Sacramento, y uno de ellos, dijo solemnemente

delante del tribunal eclesiástico, que tal curacion era obra milagrosa del Poder divino, y que no creía hubiese milagro mejor probado que éste.

(Cardenal Noailles, arzobispo de París, Pastoral del mismo año.)

REINARE

Año 1733 Valladolid España

Cuando la impiedad declara abiertamente guerra a Cristo revolviéndose, en su furor satánico, contra las venerandas imágenes del Sagrado Corazón que públicamente presiden las tranquilas moradas de sus fieles devotos, es muy consolador recordar las promesas que el bondadoso Jesús se dignó hacer respecto al establecimiento y propagación del culto de su Corazón divino en España.

Fué el confidente y depositario de tan regaladas promesas el V.P. Bernardo de Hoyos, de la Compañía de Jesús, favorecido con frecuentes apariciones del Sagrado Corazón, y muerto en olor de santidad, en Valladolid, el día 25 de Noviembre de 1735.

Acontecióle un día, después de haber comulgado, que se puso el Arcángel San Miguel a su lado, y le dijo cómo llegaría el culto del Corazón de Jesús a extenderse por toda España y más universalmente por toda la iglesia, teniéndose que vencer para ello gravísimas dificultades, y que él como príncipe de la celestial milicia asistiría a una empresa de tanta gloria de Dios.

Luego encerróle Cristo dentro de su Corazón, que se mostró al V.P. Hoyos muy resplandeciente, arrojando llamas del más vivo amor, de manera que parecía un volcan de fuego abrasador.

Apareciósele otro día, después de la Comunión, el Sagrado Corazón, pero rodeado de espinas, una cruz en la parte superior, y la herida que se le manifestaba muy visible.

Le convidó Jesús a que introdujera su corazón por aquella herida; y como aceptase al punto la invitación, advirtiole el Señor se lastimaría cuando atravesase la corona de espinas, pero enardeciéndose entonces más el amor del santo joven, penetró hasta lo íntimo, donde experimentó se habían convertido en rosas suavísimas las punzantes espinas.

Recogida ya su alma, en aquel camarín celestial, decía: «Haec requies mea in saeculum saeculi: Hic habitabo quoniam elegi eam». (Ps. CXXXI, V. 14). Este es para siempre el lugar de mi reposo: aquí habitaré porque este es el sitio que me he escogido. Dióle el Señor a entender que si gustaba las delicias de su Corazón, no era para sí solo, sino para que por su medio las gustasen otras almas.

Entre varias fervorosas súplicas pidió entonces el santo Jesuíta la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús especialmente para España, y tuvo el inefable consuelo de oir, de labios del mismo Señor, la siguiente promesa:

«Reinaré en España, y con más veneración que en otras partes».

(P. José Eugenio de Uriarte, S.J. Principio del Reinado del Sagrado Corazón de Jesús en España.)

LA PRIMERA COMUNION DE SAN GERARDO MAYELA

Año 1733, Muro Lucano (Italia)

Apoca distancia de Muro, patria de San Gerardo, se halla la capilla de Capotiñano, donde es venerada una imagen de la Madre de Dios con el Niño en sus brazos.

Cinco años apenas contaba Gerardo cuando tuvo la oportunidad de visitar el santuario. No bien se hubo arrodillado, desprendióse Jesús de los brazos de su Madre, y se puso a jugar con Gerardito. Al despedirse el niño Jesús le dió un panecillo muy blanco. Entrególo lleno de gozo a su madre, y le dijo que se lo había regalado el hijo de una señora hermosísima. Cada día iba Gerardo a la capilla y cada día también jugaba con él, Jesús, y le entregaba un panecillo.

Siguióle cierto día una de sus hermanas, se ocultó para observarle con más libertad, y quedó asombrada al contemplar al Divino Niño que desprendióse de los brazos de su Madre, se ponía a jugar con su hermano Gerardo y al final del juego le entregaba el panecillo.

Al llegar a los siete años, tuvo vehementes deseos de recibir a Jesús en la Santísima Eucaristía. Un día se mezcló con los fieles dispuesto a comulgar; mas el sacerdote, al verle tan pequeño, pasó de largo. Sintiólo Gerardito muchísimo, y lloró inconsolable.

A la noche siguiente, el arcángel San Miguel le trajo el Pan de los ángeles.

Esta fué su primera Comunión.

La segunda se la dió el mismo Jesús. Oraba un día Gerardo cerca del altar: salió del sagrario el Divino Niño y le dió la Comunión.

A los diez años fué admitido, con otros niños de su edad, a la sagrada mesa. Desde entonces, comulgó varias veces cada semana. Todavía no estaba en vigor el uso de la Comunión frecuente.

(El Santo de cada día, 16 de Octubre).

JESUS MIO, LA COMUNIDAD NO TIENE QUE COMER

Año 1760 Italia

Hallábase un día San Alfonso M.ª de Ligorio estudiando en su celda, cuando se acercó al santo el Procurador de la casa y le dijo que estaba próxima la hora de la comida, y no había en la despensa sino tres panes.

–No, os apuréis, Padre; Dios que sustenta las aves del cielo, nos sustentará también a sus siervos.

Admiró el Procurador la confianza de su Superior en la divina Providencia, y no se atrevió a insistir.

Poco después de este diálogo, llamaron a la puerta.

A la portería acudió con toda presteza el Procurador, esperándo el socorro que iba a sacarle de apuros: mas al llegar, se encontró con un mendigo que le pedía una limosna por amor de Dios.

Quedó el Padre perplejo sin saber qué hacerse. Mas San Alfonso que había oido la petición del mendigo, le sacó pronto de la perplejidad:

–Déle, Padre, –le dijo–, dos panes de los tres que le quedan en la despensa.

Una vez que dió esta orden, se dirigió a la sacristía, se puso la sobrepelliz y la estola, se acercó al Tabernáculo, se postró ante el Santísimo Sacramento y oró un rato. Pusóse de pie; y con la confianza de santo y candor de niño, dijo al Señor mientras daba unos golpecitos en el Sagrario:

«Jesús mío, la Comunidad no tiene hoy cosa alguna qué comer, y acude a Vos. No dejéis de socorrerla».

Oró de nuevo, y confiado se volvió a su aposento seguro de que el Señor les proveería y no tardaría en mandarles el sustento.

Nuevos golpes a la puerta del convento.

«Si es otro mendigo, se dijo el Procurador, le daré el pan que nos queda».

Con el pan en la mano, se fué a la portería.

–¡Dios con nosotros, Padre!,–le dijo un caballero de porte distinguido, que era quien llamaba.–Aquí tiene usted esta limosna, que si no es tal cual sería mi deseo, espero que de algo podrá serviros.

Durante muchas semanas, pudo el Procurador alimentar a la Comunidad.

BLANCA PALOMA

Año 1772 Paterno Italia

En Paterno, cerca de Nápoles, el día 18 de Enero del año 1772, encontróse abierto el Tabernáculo de la iglesia parroquial de San Pedro, faltando dos copones que contenían Hostias consagradas.

Esparcida la noticia de tan nefacto robo en toda la comarca, la consternación fué extraordinaria y se hicieron devotísimos actos de desagravio, en reparación del enorme sacrilegio cometido.

Pasó un mes, y empezaron una serie de prodigiosos sucesos que alarmaron profundamente a todos los vecinos del pueblo. Aparecían cada noche, en medio del campo del duque Grottolelle, un sinnúmero de luces resplandecientes como estrellas del firmamento.

El día 24 de febrero viose una inmensa llama al derredor de un vasto pajar. Acudió entonces todo el pueblo para admirar tan singular espectáculo, y juzgando era señal del cielo que indicaban donde estaban escondidas las Sagradas Formas, revolvieron con azadones una y otra vez la tierra, sin obtener el más mínimo resultado.

Vióse entonces cerca de un álamo salir una vivísima luz, y aparecer de en medio de ella una blanca paloma que bajando luego al pie del árbol, desapareció repentinamente. Con gran ansiedad se acercan todos al álamo, excavan la tierra y encuentran una Hostia. El pueblo estalla al momento en un grito de júbilo. El sacerdote, D. Diego Guarino, coloca la Forma santa en el corporal y continúa buscando las demás, hasta encontrar cuarenta, que con extraordinaria pompa se llevaron procesionalmente a la iglesia parroquial.

En la noche siguiente vieron, con no pequeña sorpresa, que en el mismo campo resplandecía de nuevo una vivísima luz, cuya extremidad tenía la figura de una encendida rosa, repitiéndose la señal de las llamas en el pajar, como en los días anteriores. Buscáronse con mayor ahinco las Hostias restantes, que se encontraron, por fin, con gran satisfacción de la ansiosa muchedumbre.

Acudió al punto la clerecía, y congregado el pueblo al tañido de las campanas, fué llevado el Santísimo Sacramento a la iglesia entre largas filas de gente, que con antorchas encendidas en las manos, entonaban cánticos de alabanza al Dios de cielos y tierra oculto en la Sagrada Eucaristía.

(P. Pedro Laurenti, S. J., Le Meraviglie de SS. Sacramento.)

ESPECIAL BENDICION

Año 1822, Bordeaux (Francia)

El día 3 de febrero de 1822, a las cuatro y media de la tarde, exponía el presbítero Delort, en Nuestra Señora de Loreto de la ciudad de Burdeos, el Santísimo Sacramento.

Al terminar la función y ya en el altar el sacerdote para dar la bendición, vió en la Hostia consagrada a Nuesto Señor Jesucristo bajo la forma de un varón de treinta años, de extraordinaria hermosura. Asombrado por tal maravilla, preguntó a los asistentes si veían lo que él veía, y afirmáronle que realmente Jesucristo se hacía visible.

Acabados los cantos religiosos y dicha la oración final, el sacerdote Delort subió al altar para tomar el Altísimo y dar la bendición solemne, sin dejar de contemplar al divino Salvador que tenía en sus manos y que el pueblo adoraba con gran ternura de corazón, viéndole moverse para bendecir a todos y con preferencia los niños. Terminada esta milagrosa bendición, colocó la custodia sobre el ara, y no se vieron

entonces más que las santas especies en que Jesucristo acababa de ocultarse.

Salió el prebístero Delort de la capilla sumamente conmovido, sin poder contener las lágrimas de devocion y ternura. Al momento se vió rodeado de un numeroso concurso que no cesaba de preguntarle si había sido testigo del prodigio que ellos tan manifiestamente presenciaron. El humilde sacerdote quería ocultar tan insigne favor, pero al fin dió público testimonio de la inefable gracia recibida.

(LAquitaine semanario religioso de la archidiocesis de Bordeaux, público en el año de 1894 los documentos relativos al prodigio acaecido en el año 1822.)

HERMOSA ESTRELLA

Año 1824, Onil (España)

En la mañana del 6 de noviembre de 1824, acaeció un robo sacrílego en la parroquial iglesia de Onil. Entre los objetos robados se hallaba el viril con la sagrada Hostia.

El ladrón fue preso en el acto mismo de vender la Paz a un platero de Alicante. Descubierto el reo y aparecidas las alhajas, sólo faltaba la más preciosa, que era el viril con la sagrada Forma, y para conseguir su hallazgo, ordenó el Juez que se hiciese un reconocimiento en todas las cuevas, casas derruidas, corrales y pajares sospechosos de los términos de Onil, Ibi, Tibi, y Castalla.

Describir la asombrosa actividad de los afligidos vecinos de aquellas cuatro villas, es cosa poco menos que imposible. No quedó lugar, por oculto y escabroso que fuera, que no se examinase, ni planta que dejase de registrarse con la mayor diligencia, ni hubo piedra que no se volviese de un lado a otro con el noble fin de hallar, cuanto antes, las sacrosanta Hostia robada.

Una piadosa viuda, sumamente pobre, pero muy rica en devoción, llamada Teresa Carbonell, ofreció una Misa a las almas del Purgatorio si tenía ella la dicha de encontrar al Señor. Fuese luego a la pedrera, registra cuantas piedras había, revuelve malezas del lado de una losa grande y descubre, por fin, unos rayos que le parecía eran de viril. No quedándole ya duda alguna en que debajo estaría la sagrada Forma, prorrumpe en tiernos sollozos, da gritos, y en un sencillo y patético lenguaje, dice: "Vinguen, vinguen, que así está Nostre Senyor".

A estas voces acudieron todos, y la afortunada mujer quedó de rodillas y extática en aquel mismo instante, permaneciendo en aquella actitud hasta que se dispuso fuese trasladado el Santísimo Sacramento procesionalmente a la iglesia de Tibi.

Habiendo acudido el Cura y el Alcalde, se procedió a quitar la losa, bajo la cual hallaron envueltos en sucios trapos el viril con la sagrada Hostia. Los vítores y gritos de entusiasmo pronto anunciaron por todas partes el deseado hallazgo.

En aquella misma noche ocurrió, que apareciendo de repente una estrella hermosísima formando un arco, con iluminación extraordinaria y diferente de las que comúnmente suelen aparecer, se extendió hacia una grande altura, a la izquierda del poniente, tomando luego un curso rápido, muy inclinado y derecho a la pedrera. Dejose ver sobre el sitio donde estaba ya descubierto el Santísimo Sacramento, descendió entonces perpendicularmente sobre él, y despidiendo varias luces clarísimas, desapareció.

Se colocó la sagrada Forma en un improvisado altar levantado en el mismo sitio del hallazgo, y organizose una muy concurrida procesión, en la cual tomó parte un niño de trece años que fue más tarde el Eminen-

tísimo y Reverendísimo señor D. Miguel Payá y Rico, Cardenal de Toledo, y colocada la sacrosanta Hostia bajo palio, dirigiose hacia Onil, pasando antes por Tibi y Castalla.

Celebra Onil, todos los años, un solemne triduo de Cuarenta Horas los días 28, 29 y 30 de noviembre, para recordar el felicísimo hallazgo del Santísimo Sacramento, y la familia del Sr. Santonja costeó el magnífico templete que actualmente existe, donde el célebre pintor y escultor D. José Reitg, hijo del pueblo, se distinguió por la belleza de sus trabajos artísticos.

(D. Mareelino, Sampere, Pbro. Reseña histórica del robo sacrilego acaecido en Onil.)